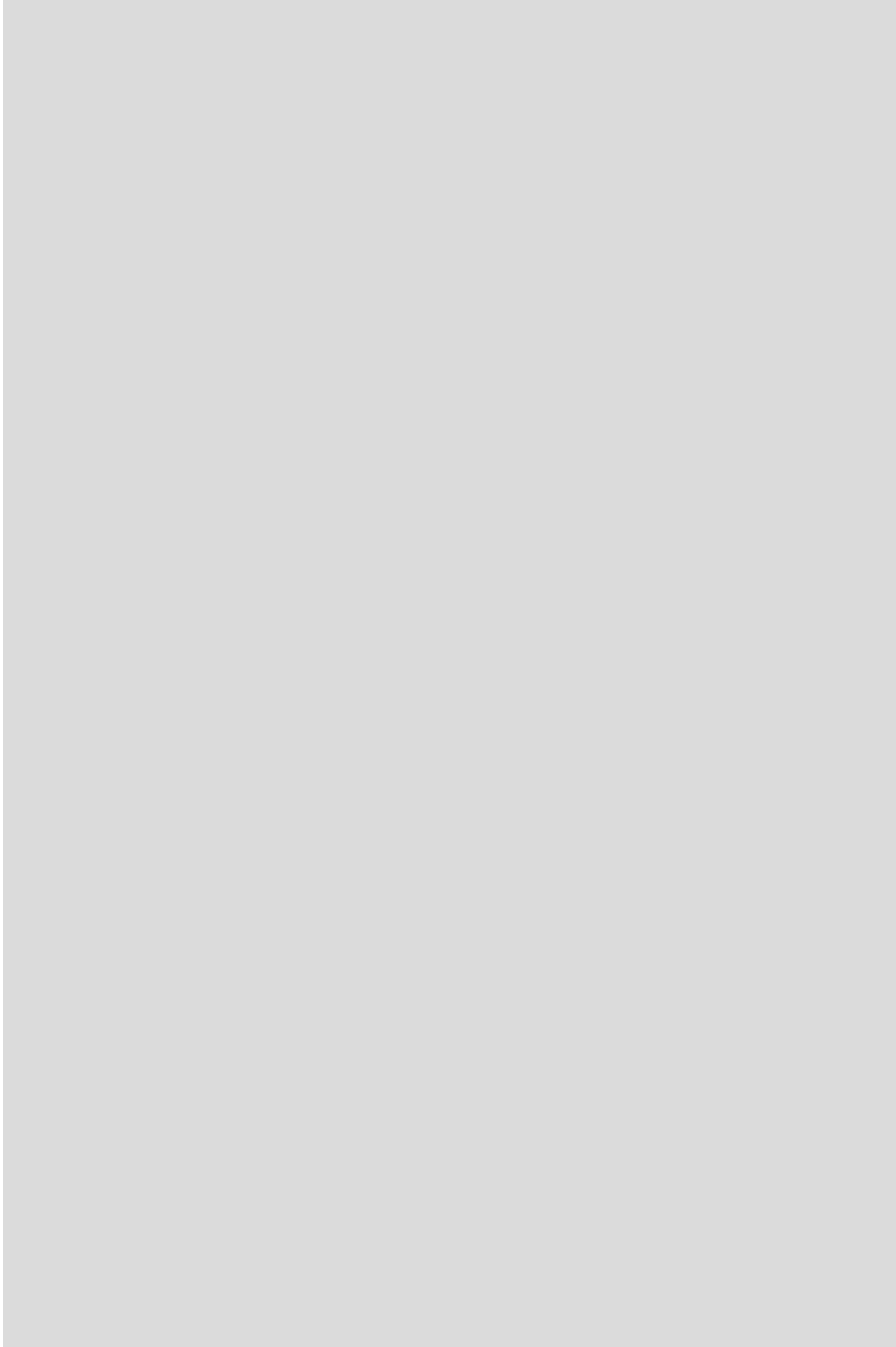


La Criatura

Esteban Benitez



Capítulo 1

La Criatura

Una fuerte pesadilla recurrente sacudió mi sueño. Sobresaltado, abrí los ojos y sentí cómo los pelos de mis brazos se erizaban.

—Otra vez.

La habitación oscura y en silencio solo se llenaba con los latidos agitados de mi corazón. Llevaba meses con pesadillas que al despertar no podía recordar. O casi. Solo me dejaban un rastro en el inconsciente, me hacían saber que todo estaba mal, que cada vez eso, fuese lo que fuese que rondaba en mi cabeza, se acercaba más, más, y más. Y no faltaba poco. Ya no. Estaba ahí, en el umbral de mi mente, simplemente esperando, descascarando poco a poco mi psiquis.

—Tranquilo, por favor—me dije. Tomé un vaso de agua que había dejado en mi mesa de luz.

Mis antecedentes de ansiedad y ataques de pánico no eran un buen augurio, cada noche me costaba más combatir conmigo mismo para no entrar en una decadente espiral de pensamientos deprimentes y lúgubres. No podía dejar que las pesadillas me rompan una estabilidad emocional aún frágil que con tanto dolor me había costado lograr.

Intenté dormir, conciliar de nuevo ese bendito sueño, ese necesitado descanso. No pude. Todas las posiciones me parecían increíblemente incómodas. Sentía que la cama quisiera expulsarme de sus entrañas. Pero ese no era el problema. El problema era que no dejaba de pensar. Sentía miedo. Miedo de un sueño, de algo irreal. Pero estaba ahí. Si que lo estaba.

Me senté en la cama y abrí el cajón de mi mesa de luz. Una organizada caja con pastillas diversas desfilaba ante mis ojos: alprazolam, remeron, trazodona... Lo cómico de todo esto, es que mi ritual era mirarlas. No las tomaba, huía de ellas, no quería que mi evolución dependiera de un fármaco, yo podía luchar, e iba a luchar sin ayuda de nada artificial. Mi psiquiatra insistía en que las tome, que era por mi bien, pero no, no lo es. ¿Qué sentido tenía ahogar mi problema bajo un telón falso de bienestar asistido?

Pasaron los minutos, como granos en un reloj de arena eterno. Cada segundo me sumergía en un fastidio más y más grande. Basta, ordené mentalmente. Miré el reloj, que marcaba las tres de la madrugada. “La

hora del diablo”, pensé.

Volví a recostarme, perdiendo mi vista en el techo blanco, como buscando en esa nada misma alguna respuesta a todo lo que me pasaba. No era la primera vez que lo hacía, pero sin saberlo era la última.

Una cantidad enorme de pensamientos caóticos y superpuestos desfilaban como una marcha de cadáveres en mi mente. Crecer en una casa fragmentada, los fracasos amorosos, la pérdida total de mis metas, anestesiar mis sueños y un miedo constante al cambio eran algunos de los pilares que sostenían la negrura pastosa que sopesaba mi alma. Todos estos dardos envenenados llevaban años echando raíces tan profundas en mi vida que a veces me era casi imposible saber dónde comenzaba mi persona y dónde todos mis miedos. A menudo mirarme en el espejo era no poder reconocermme, disociarme por completo cuando me perdía en la basta tristeza de mis ojos. Y así en este tumulto mental que me envejecía a pasos agigantados, logré fundirme en el sueño.

Abrí los ojos. El reloj marcaba las tres y treintaitrés. ¿Había dormido treinta y tres minutos? Me resultaba imposible. Me sentía descansado y no cuadraba en mi lógica. El mundo seguía en tinieblas así que el reloj por lo menos no me mentía. Miré por mi ventana y podía ver la calle desierta, decorada de edificios vacíos con carteles de alquiler a los que nadie llamaba. Esa zona del pueblo lindaba con un bosque donde hacía meses un exitoso abogado había desaparecido. Solo se encontraron rastros de sangre y el caso quedó archivado. La viralidad de la noticia, la conmoción y una cadena de sucesos extraños hizo que la gente deje de concurrir al área, dando lugar a un éxodo del cual solo quedaba un rezagado: yo. La situación había desplomado los precios en los alquileres volviendo casi simbólico mi pago mensual, y dado mi actual estado de desempleo por mis problemas mentales, era una oportunidad que no podía dejar pasar.

Sin poder asimilar que treintaitrés minutos de sueño se sentían como ocho horas de buen descanso, me levanté de la cama aprovechando esa energía. Quizá podía comenzar el día de una forma positiva después de todo. Ese sentimiento no duró mucho. Fui al baño, oriné y luego de lavarme las manos y la cara, mi estómago dio por inaugurado el festival sonoro como preludio del despertar de mi apetito. Hice caso a mi cuerpo y en la cocina preparé una taza de café y tostadas. Ya saciado y con mi mente extrañamente en calma, puse a un lado la taza y abrí una libreta negra que me acompañaba desde que las pesadillas fuertes comenzaron. Fue otra sugerencia de mi psiquiatra, un diario donde anotar mis sueños, mis pensamientos, mi día a día. A mí me gustaba llamarlo “bitácora de la locura”. Si había algo que la oscuridad no había podido arrancar de mi vida, era mi descarrilado humor.

Entre esos sueños solo uno llevaba repitiéndose desde el inicio. Era el único que me generaba un verdadero terror, el único que parecía

enredarse sobre mi mente a tal punto que sentía que, si no despertaba, podía morir. Era el que me había despertado esta madrugada. Desde la primera vez que lo soñé, pequeños extractos del mismo empezaron a quedar en mi memoria a tal punto que pude empezar a hilarlos y pesadilla a pesadilla, construir toda la macabra secuencia en mi diario.

Despierto en una casa, o algo así. Es un cuadrado repleto de ventanas. Siento mucho miedo, estoy sudando como si dentro de la pesadilla hubiese tenido una pesadilla. El miedo es avasallante, mi respiración entrecortada y solo escucho mi corazón golpeando como un martillo. Me acerco a esas ventanas, pero están trabadas. Puedo ver árboles que forman un vasto bosque a lo lejos. Hay por lo menos cien metros entre la casa y ellos, en la cual solo veo césped muy corto, como si alguien lo cuidara. No hay muebles, no hay cuadros, no hay espejos, nada. Todas las ventanas dan al bosque, y puedo medir la misma distancia con mis ojos desde cada punto del que observo. Es como si este lugar estuviera en un círculo aislado de todo, solo espiada por esos malditos árboles y la negrura que encierran. No hay sonidos, no hay animales, la noche no emite su voz. No hay nada. Hasta que llega eso. Algo corre por el techo, rápido. Es algo grande, sus pisadas y el crujir de la madera me lo dice. Siento mucho miedo, me tapo la boca para no gritar. Me acerco a la puerta, la única de este lugar. ¿Antes estaba ahí? No lo sé. Camino en punta de pies. No quiero emitir el mínimo sonido. ¿Por qué me acerco? Tampoco lo sé, el propio miedo me empuja a hacerlo. Y lo veo aparecer de un salto. La puerta ya no está. No hay nada. Y lo puedo ver. Me aterra, no es algo racional. ¿Cómo podría describirlo? Está en cuatro patas. Su piel es negra, parece quemada. Tiene una cola larga y fina. Su cuerpo es horrible, pero su rostro lo es aún más. Las orejas parecen mordidas, lastimadas. Los ojos son totalmente negros, carente de toda vida. Se clavan en mí. No puedo moverme. Sonríe. ¿Sonríe? Sus dientes son pequeños pero puntiagudos. Estoy totalmente paralizado. Nunca sentí nada así en mi vida. Se prepara para atacarme, veo cómo posiciona su cuerpo para la embestida. No puedo huir. Viene hacia mí.

Es algo abrupto, pero ahí termina la pesadilla. No tengo más piezas. Cada vez que la criatura aparece, llega hasta ese punto. Hasta ese clímax infernal. A veces quisiera que termine, que llegue hasta mí, que me alcance en el sueño y no tener que volver a vivir toda esa agonía cada noche.

—Cuidado con lo que desees—me dije.

Escucho un ruido en la habitación. Cierro mi bitácora.

Casi impulsado por la misma energía que me empuja dentro de la pesadilla, me levanto de la silla y miro, el pasillo de unos tres metros me separa de la puerta. Está cerrada, pero puedo escuchar como unas uñas arañan la madera con sutilidad. Parecen las garras de un animal. Pero no

lo es, sé lo que es. La puerta se abre con lentitud. Todo es tinieblas, no puedo ver nada dentro, ni siquiera la luz del comedor puede penetrarla. Y ahí está, el clímax de la pesadilla, el fin de la historia. El hocico con esa sonrisa demoniaca cruza la oscuridad, gotas de baba caen de su boca. La distancia que nos separa me parece muy pequeña para decidir la vida y la muerte. Comienza a acercarse, lento, midiendo cada una de sus pisadas, como saboreando cada segundo de mi miedo, fulgurando un odio negro de sus ojos.

No puedo moverme, estoy petrificado. Cada músculo, articulación y extremidad de mi cuerpo han decidido abandonarme a mi suerte. La criatura lo sabe, no hay más pesadillas para atormentarme, éste es el fin del camino. Viene hacia mí.

12 de octubre de 2012

Mi psicólogo (iyo yendo a un psicólogo, qué puta locura!) me recetó unas pastillas para dormir y su diagnóstico (el cual me parece una mierda) de "trauma emocional" por haber encontrado el cuerpo de mi inquilino totalmente despedazado, es su respuesta a mis recurrentes pesadillas. Le expliqué más de una vez que mi problema no es conciliar el sueño, el problema es lo que hay dentro de ellos. Pero parece que tener un título colgado sobre su cabeza le confiere cierta propensión a ser un idiota.

No fue el hecho de encontrar un brazo sobre la mesa, una pierna en el baño o el torso totalmente rasguñado sobre la cama. No, no fue nada de eso, ni siquiera ver la cabeza en el medio del pasillo con tantas mordidas que parecía una manzana a medio comer. Lo que me persigue en mis pesadillas son todas esas marcas de uñas en las paredes, en el piso de madera, en cada puerta como si fueran las firmas de un artista sobre su obra. ¿Qué son? ¿Qué clase de animal o de criatura asesinaría a un hombre con tal fuerza y demencia? Ese salvajismo no es normal. ¿A caso vino de ese maldito bosque? Este lugar se volvió una mierda desde lo que pasó ahí. Y sumado a todo, los policías cerraron el departamento, icatalogaron el caso como un asesinato! Así, normal y corriente, sin hacer la pregunta crucial de ¡QUÉ PUTA MIERDA PASÓ AQUÍ!

Se llevaron todo, y me prohibieron volver, presentaron un documento donde el gobierno me expropiaba el lugar, y mi abogado simplemente dijo que no podíamos hacer nada.

Pero ya nada de eso me importa en realidad. Los sueños, son esos sueños los que no me dejan en paz. Veo esos árboles cuando duermo, tan altos y tan oscuros. Estoy dentro de una casa vacía, sin paredes, con ventanas por doquier. ¿No existen las columnas en los sueños? Creo que en este no importan. Pero a veces lo oigo. Oigo esas uñas. Oigo como rascan las paredes. Rascan. Y cuando despierto, empapado de sudor por el miedo, también las oigo. Está en el techo. En la cocina. En mi dormitorio. Debajo de mi cama. Rascan. Rascan. Rascan.